



Íconos. Revista de Ciencias Sociales
ISSN: 1390-1249
revistaiconos@flacso.org.ec
Facultad Latinoamericana de Ciencias
Sociales
Ecuador

Martínez Valle, Luciano
¿Puede la pobreza rural ser abordada a partir de lo local?
Íconos. Revista de Ciencias Sociales, núm. 29, septiembre, 2007, pp. 51-61
Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales
Quito, Ecuador

Available in: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=50902904>

- How to cite
- Complete issue
- More information about this article
- Journal's homepage in redalyc.org

redalyc.org

Scientific Information System
Network of Scientific Journals from Latin America, the Caribbean, Spain and Portugal
Non-profit academic project, developed under the open access initiative

¿Puede la pobreza rural ser abordada a partir de lo local?

Can the rural poverty be approached from the local?

Luciano Martínez Valle

Doctor en Sociología, Universidad de Paris III, Sorbonne, Nouvelle
Profesor-investigador de Flacso- Ecuador

Email: lmartinez@flacso.org.ec

Fecha de recepción: enero 2007

Fecha de aceptación y versión final: julio 2007

Resumen

Este artículo analiza el crecimiento de la pobreza rural en el contexto de un proceso de desestructuración de la sociedad rural. Identifica los sectores sociales más afectados: los campesinos minifundistas y los trabajadores sin tierra. Luego de más de 30 años de experiencias de políticas de desarrollo rural, todavía no se han diseñado políticas adecuadas para estos grupos sociales. Una reflexión seria a partir de lo local podría ayudar a recuperar un nuevo rol de estos productores para no continuar con políticas de “goteo” que no apuntan a una real valorización del trabajo en el medio rural.

Palabras clave: Pobreza rural, pluriactividad, asalariados rurales, proyectos DRI, desarrollo local, Ecuador.

Abstract

This article analyzes the creation of the rural poor in the context of the process of destruction of rural society. The article will identify the sectors of society most affected including small farmers, and landless workers. Even after thirty years of developmental projects dedicated to address rural development, there still has not been adequate change for these social groups. There must be some sort of reflexion in regards to polices that can be created, starting from the local, that can help form a new role for these rural poor so they don't have to rely on the sporadic politics, that does not help create real jobs in the rural society.

Keywords: Rural Poverty, Pluriactivity, Rural Employment, DRI Projects, Local Development, Ecuador.

Este trabajo aborda uno de los temas más evidentes de la crisis de la sociedad rural en el caso ecuatoriano: la presencia de la pobreza en forma masiva, pues de acuerdo a las cifras disponibles llegaría a afectar al 80.2 % de la población de la Sierra y al 91.8 % de la población de la Costa¹. Esta dimensión de la pobreza seguramente no tiene parangón salvo el caso de países africanos o la presencia de masas de pobres en la edad media o en la época moderna como consecuencia de catástrofes o guerras. No obstante, a principios del siglo XXI resurge en los países del tercer mundo en gran parte como resultado de la aplicación de políticas de ajuste y en general del proceso de globalización económico-financiera, lo que ha generado una profunda desestructuración de la sociedad rural.

En América Latina siempre predominó una visión dualista de la sociedad: lo rural y lo urbano, lo atrasado y lo moderno, lo agrícola y lo industrial, etc., que llevó a privilegiar una dimensión en perjuicio de la otra. Normalmente, fue la visión de lo urbano la que se impuso como símbolo de la modernidad, el desarrollo y en general de lo nuevo, frente a lo rural considerada como no-moderno, el subdesarrollo y lo arcaico. Esta visión de mundo, se basaba en el predominio de la industria con asiento urbano y la transformación de la sociedad rural al ritmo de los cambios tecnológicos que se adoptaban en la agricultura sometida también a un proceso de industrialización. Era la imagen kautskiana de la superioridad de la industria sobre la agricultura que predominó como modelo a seguirse tanto en Occidente como en los países del socialismo real.

Los cambios que se dieron en las sociedades rurales de los países avanzados tuvieron su contraparte en el ritmo de la industrialización concentrada en las urbes durante los dorados años del fordismo. Pero esto nunca se logró en América Latina, no sólo porque no hubo una reforma agraria de fondo sino porque tampoco se pasó de la fase de industrialización sustitutiva de importaciones. La sociedad rural, por lo mismo, no se desestructuró al ritmo de lo que ocurrió en Europa, sino que se erosionó lentamente, más por descuido de los gobiernos de turno, incapaces de diseñar políticas agrarias adecuadas, que por la dinámica interna del desarrollo capitalista. Nos conformamos con tener un agro del cual extraíamos mano de obra barata, productos para exportar, pero sobre todo alimentos baratos sin disponer de una masiva clase obrera, salvo algunos islotes de modernidad diseminados a lo largo del continente.

Los esfuerzos realizados desde la década de los 70 en el desarrollo rural, eran demasiado dispersos y débiles como para enrumbar a la sociedad agraria por la senda de la prosperidad. Varios análisis y evaluaciones demuestran que en 30 años de políticas Desarrollo Rural Integral (DRI), muy poco cambió la situación de los campesinos pobres y en general de la sociedad rural: no se hizo reforma agraria, no se creó empleo, no se detuvieron las migraciones, no se mejoró el ingreso de las familias, tampoco se produjo una revolución tecnológica en los principales productos en manos de los campesinos.

La pregunta que siempre queda flotando en el aire es ¿quién se benefició de las inversiones que se hicieron a través de tres generaciones de proyectos de Desarrollo Rural Integral (DRI)? Los campesinos pobres seguramente no. Pero ya en los años 80, algunos estudios (Bernard 1982) señalaban las tendencias o más bien los caminos por los cuales iban a transitar los campesinos, incluso aquellos que en esa época parecía que tenían futu-

¹ Los cálculos se han realizado de acuerdo al concepto de pobreza por necesidades básicas individuales (NBI) en base al Censo de Población del 2001. SIISE, Sistema Integrado de Indicadores Sociales del Ecuador, versión 4.0. www.ssise.gov.ec

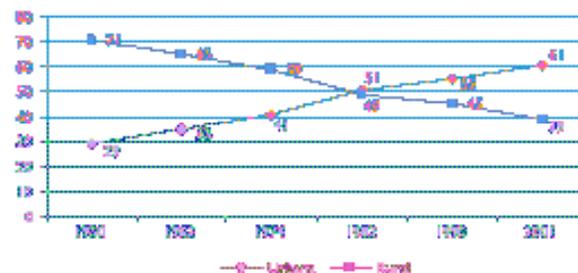
ro, como por ejemplo los pequeños productores de arroz de la Cuenca del Guayas². Cuando yo investigaba el empleo entre los arroceros (todavía) cooperados de Babahoyo a fines de los años 80, uno de los problemas que más me llamaba la atención es el poco interés que tenían los hijos de los campesinos en continuar con el duro trabajo agrícola. Si alguno todavía continuaba ayudando a su padre, era porque no había logrado ubicarse todavía en un trabajo en la ciudad de Guayaquil. Y si no hay quién de continuidad al trabajo agrícola, simplemente se acaba la transmisión de conocimientos, la herencia campesina, el apego a la tierra y termina por desaparecer de las manos de la familia la parcela por la cual lucharon en los años 70. Si a esto se sumaban los males endémicos que aprietan a los campesinos pobres (endeudamiento, precios bajos, baja productividad, nulo nivel tecnológico), continuar al frente de la parcela era una decisión más heroica que económica. La pobreza, entonces ya se avizoraba en estos estudios, era el horizonte que borrosamente se dibujaba para estos productores y que ahora ya es una realidad.

La pobreza y la desestructuración de la sociedad rural

La sociedad rural ha cambiado en los últimos cincuenta años. Basta mirar el peso de la población rural, que ha pasado desde un 60 o 70 % en los años cincuenta a un 30 % en el inicio del siglo XXI. El hecho real es que hay menor proporción de población rural hoy día que hace medio siglo atrás, y no sirve de mucho argumentar sobre el incremento bruto del número de rurales pues lo que hay que mirar es el peso relativo de la población

² Véase por ejemplo el crecimiento de los productores con menos de una hectárea en la Provincia de los Ríos que pasó de 8.4 % en 1954 al 30.2 % en 1974 (Bernard 1982).

Gráfico No. 1
Evolución de la población urbana y rural



Fuente: INEC, VI Censo de población, 2001

rural en el total de la población nacional. Pero además hay un cambio que no se menciona en la sociedad rural, y es el peso que empieza a tomar la población de mayor edad. No estamos en presencia de un envejecimiento a la europea sino más bien de una fuga de la población joven que no puede o no quiere insertarse productivamente en el medio rural. Este fenómeno no ha sido estudiado en nuestro medio, pero es un indicador fuerte de la desestructuración rural, cuando la población joven de ambos sexos es fuertemente atraída por las luces de la ciudad. Bourdieu (2002) en su análisis sobre la sociedad campesina francesa ya señalaba este hecho, insistiendo incluso en que las mujeres eran el “caballo de Troya” de la fuga hacia el ámbito urbano y del inicio de un proceso estructural de desarraigo de la población rural, en el sentido etimológico de la palabra, es decir sacar las raíces rurales para sembrarlas en otro ámbito diferente.

Los argumentos que pueden explicar este hecho en el caso ecuatoriano son diferentes según las regiones: en la Sierra la escasez de tierra es el elemento explicativo, pues los herederos ya no tienen qué heredar y por lo mismo ya no tendría sentido quedarse en el medio rural; en la Costa, el asunto es más complejo, porque si bien muchas familias todavía poseen tierra, el trabajo campesino está completamente desvalorizado a los ojos de las

jóvenes generaciones. Striffler (2002), por ejemplo, muestra que en el caso de familias que tuvieron acceso a tierras por reforma agraria en ex haciendas bananeras de la United Fruit, al perderlas se han vuelto jornaleros, pero su mirada está puesta en alguna actividad no agraria como meta ocupacional, son obreros agrarios pero en forma transitoria, hasta que logren vincularse a algún trabajo en la ciudad. El hecho es que los jóvenes no quieren ser campesinos ni someterse al duro trabajo de la tierra. Además, la misma realidad los empuja fuera, al comprobar que a pesar de los esfuerzos y luchas de sus padres o de generaciones anteriores, no ha cambiado en nada su situación económica.

Lamentablemente, el Censo Agropecuario de 2001 no muestra los datos de los campesinos sin tierra, de modo que no se puede comparar con los datos expuestos en el cuadro No. 1 que recoge el acertado criterio de que un productor con menos de 1 hectárea es un trabajador “sin tierra” (Bernard 1982). De todas formas, si sólo se considerara a los productores menores de una hectárea en 1990 de acuerdo al INEM éstos eran el 20.3%, mientras que en el 2001 constituían el 29.5%, 10 puntos porcentuales más.

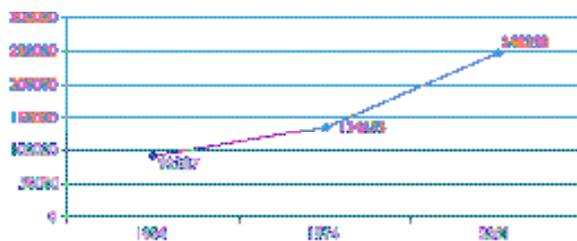
Otras alternativas que podrían detener a la población joven sólo existen en determinadas regiones en donde se desarrolló un mercado dinámico, y por lo mismo la multiocupación. A pesar de que pueden estar amenazados por los efectos de las políticas neoliberales y aperturistas, existen alternativas productivas que demandan mano de obra, incluso de los jóvenes en actividades todavía no desvalorizadas como la agricultura. La artesanía, el comercio y los servicios se encuentran en primera línea y para los migrantes internos existe además la construcción. La creación de un portafolio de actividades en áreas minifundistas logra de alguna forma detener el despoblamiento rural y recrear nuevas formas de ruralidad que ya no pasan necesariamente por las actividades agrícolas como eje de la reproducción de la unidad familiar.

Conjuntamente con la desvalorización del trabajo agrícola, se encuentra la pérdida del peso en la producción para el mercado interno por parte de los pequeños productores rurales³. Esta situación debería leerse más bien como un efecto antes que una causa. La lectura de los datos muestra que son los campe-

Fuentes	% de familias
Censo 1954	27
JUNAPLA 1968	33
Censo 1974	37
Encuesta PRONAREG 1974	40
Encuesta INEM 1990	58.9

Fuente: Bernard (1982) y Martínez (1994)

Gráfico No. 2
No. de UPAS < 1 hectárea



Fuente: INEC, III Censo agropecuario, 2001.
UPA: Unidad de Producción Agrícola

3 De acuerdo a los datos del III Censo Nacional Agropecuario del 2001, los productores de menos de 1 hectárea disponían de la siguiente distribución de la superficie sembrada: 1% de arroz, 5.5% de maíz duro, 7.6 % de papa, 6.3% de arveja seca, 3.2 % de fréjol seco, 0.5 % de soya y 13.6 % de choclo.

sinos medios los que producen alimentos para el mercado interno, lo que es más lógico, dado que disponen de mayores recursos en tierra y pueden acceder a tecnología y a mercados con mayor facilidad. De hecho, los pobres producen menos y compran más, es decir, son más dependientes del mercado que los campesinos medios, con las secuelas negativas de esta situación, sobre todo si se considera la calidad de los alimentos y el precio de los mismos.

En estas condiciones, es sorprendente que la migración campo-ciudad o la migración internacional no hayan adquirido todavía dimensiones catastróficas, lo que requiere una explicación adicional. Y ahí es donde entra la variable concentración de la propiedad. Tampoco en este caso, los datos nos mienten. El Ecuador tiene un índice de Gini (0.81) de los más altos de América Latina, lo que significa una tremenda desigualdad en el acceso a la tierra o en otras palabras, que existen más campesinos sin o con poca tierra y menos empresarios con mucha tierra. Así de simple. En los últimos 30 años se produjo un lento pero sostenido proceso de concentración que explica esta desigualdad, pero al mismo tiempo el desarrollo de un archipiélago de modernidad que todavía demanda mano de obra y al cual pueden acudir los ex-campesinos (ahora proletarios agrícolas) sin abandonar necesariamente el campo. De esta forma muchas comunidades se han convertido en verdaderos dormitorios de trabajadores rurales y muchos pueblos albergan una masa de trabajadores precarios sometidos a las más duras condiciones del trabajo flexible (Martínez 2004). La etnicidad en este caso no es un obstáculo para la proletarianización, porque el capitalismo agrario aprovecha para su beneficio de toda ventaja o desventaja que tengan quienes se ven obligados a vender su fuerza de trabajo.

Pero la amenaza más temible viene de fuera no sólo de la sociedad rural sino del mismo contexto nacional. La globalización y

dentro de ella los tratados de libre comercio constituyen una amenaza que acentuará sin duda el nivel de pobreza de la población rural. No sólo que muchos cultivos que actualmente demandan una importante mano de obra quedarán al margen del mercado, sino que los mismos productores deberán asumir un patrón de producción-consumo ajeno a sus prácticas culturales. Es el golpe de gracia de la desestructuración rural liderada por las grandes empresas transnacionales de alimentos y productoras de insumos agrícolas. Cualquiera sea el resultado de las negociaciones del TLC, los campesinos sufrirán las consecuencias más negativas: dejar de ser productores para pasar a ser un ejército de desempleados que abandonarán el campo en dirección a las ciudades más grandes. No se si estamos preparados para asumir este reto.⁴

Si estas tendencias se cumplen, los pobres rurales se transformaran por la fuerza de los hechos en pobres urbanos, generándose una segunda gran oleada de flujo campo-ciudad mucho más masiva que aquella que se dio en los años 70 en el país. Para entonces, los problemas urbanos adquirirán otras dimensiones, pues es difícil pensar que se crearán empleos en condiciones en que el aparato productivo sufre una severa contracción al carecer de políticas de fomento para la producción y no disponer de capacidades internas que planteen alternativas de desarrollo al modelo neoliberal. El camino de los rurales ya no será la protesta agraria sino la urbana, con todo lo explosiva que esto significa.

Desde el punto de vista social sólo quiero señalar un elemento que afecta profunda-

4 La CEPAL (2005) denomina unidades productivas de subsistencia a aquellas en donde los productores viven en el predio, no contratan trabajadores y no poseen maquinaria. Las unidades productivas amenazadas en total son 288.414, es decir el 46 % del total de Unidades de Producción Agrícola (UPAs) según el Censo Agropecuario del 2001. Del total de UPAs amenazadas el 57.5 % corresponden a las de subsistencia.

mente a estabilidad de la sociedad rural: la desestructuración de las familias rurales. Los cimientos mismos de una sociedad basada en la herencia bilateral, en el apoyo de los hijos, en la recreación de valores vinculados a la naturaleza, en la práctica de relaciones recíprocas y de solidaridad, se están cuarteando vertiginosamente. Al desaparecer las condiciones estructurales sobre las que se levantaba el edificio campesino, este empieza a cuartearse como por efecto de un terremoto. La alternativa migratoria nacional o internacional sólo es un escape en búsqueda de sobrevivencia y no de capitalización. Al final, ¿para qué invertir en el campo en las condiciones actuales? Los emigrantes que salen del medio rural fuera del país difícilmente regresarán, tal como lo muestra los casos estudiados en el austro, donde ya existen varios pueblos fantasma, sin habitantes (Jokisch y Kyle 2005).

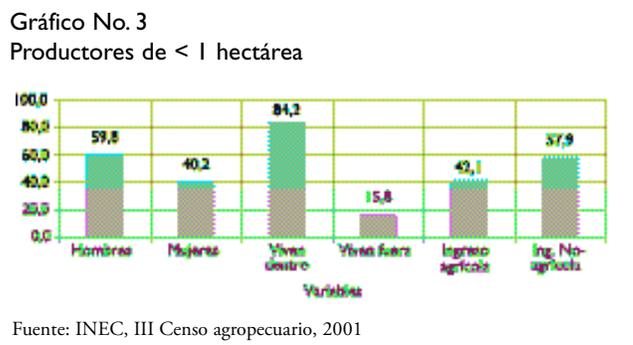
¿Quiénes son los pobres en el medio rural?

Para efectos de este trabajo vamos a referirnos al grupo de productores menores de 1 ha que, a pesar de que no incluyen a los trabajadores sin tierra, constituyen un 30% de las UPA. En números absolutos estos trabajadores llegaban a 248.398 que disponían de una superficie de 0.03 has por familia. En realidad se trata de productores sin tierra, porque con

tan exigua cantidad es impensable emprender alguna actividad agropecuaria, ni siquiera de subsistencia. No pretendemos con estos datos dimensionar fácilmente la pobreza rural, que tiene otras dimensiones además de la escasez de tierra, sino visualizara a los pobres “estructurales”, es decir que dadas las actuales condiciones no van a poder salir de su situación en un plazo corto, si no se diseñan políticas profundas que cambien su actual marginación respecto al acceso a los recursos básicos.

Las variables del gráfico No. 3 muestran el perfil de los pobres rurales como personas que prácticamente no viven del trabajo agropecuario, aunque no han abandonado totalmente el medio rural. En realidad no hay mucha relación entre el origen del ingreso y la residencia. Esta información mostraría una faceta nueva de lo que sucede en el medio rural: que las parcelas menores de 1 ha sólo sirven de dormitorios de los trabajadores pobres quienes tiene que ganarse la vida realizando otras actividades diferentes de las agropecuarias. Así, si revisamos el ingreso no-agrícola, la mayor parte de este está conformado por servicios y comercio que no necesariamente son actividades predominantes del medio rural⁵. A pesar de la limitación de esta información, las personas del estrato de pobres rurales claramente no viven de la actividad agropecuaria y el medio rural se ha convertido en un lugar de residencia (espacios de refugio) antes que en un lugar productivo.

El otro grupo de trabajadores pobres lo conforman los asalariados rurales que efectivamente carecen de tierra y que lamentablemente no están considerados en los datos del último censo agropecuario. Se trata de un grupo también muy heterogéneo desde el punto de vista social y étnico. En los islotes



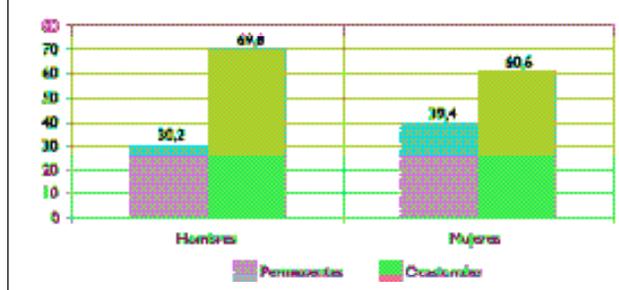
⁵ Ya en 1982, los ingresos no agrícolas eran los más altos entre los productores menores de 1 ha: 66 % en la Sierra, 33% en la Costa y 28 % en la Amazonía (Bernard 1982, cuadro N° 102).

de modernidad de la Sierra se ha formado un proletariado indígena vinculado a las empresas floricultoras. Y en la Costa hay nuevos contingentes de trabajadores jóvenes vinculados a los productos de exportación tradicionales y no tradicionales. Lo interesante de este nuevo proletariado es que se trata de trabajadores jóvenes de ambos sexos, vinculados a un mercado de trabajo flexible y enmarcado en relaciones de trabajo muy precarias. El caso más dramático es el de los trabajadores asalariados de la Costa, calificados como “temporales permanentes” (es decir que todo el tiempo son trabajadores temporales), una figura curiosa que muestra el nivel de precariedad de sus relaciones de trabajo y que incide en la falta de seguridad en el empleo agrario (Martínez 2004).

El predominio de los asalariados ocasionales (peones o jornaleros) es evidente, independientemente de la variable sexo. La característica señalada anteriormente del predominio del trabajador rural de carácter temporal significa no sólo las dificultades que encuentran los asalariados rurales para encontrar trabajo sino para conservarlo. Frente a una abundante oferta de mano de obra proveniente de las unidades de menos de 1 hectárea, las posibilidades de conseguir un trabajo aunque sea precario y flexible disminuyen. Sin duda esto ha generado el caldo de cultivo de una competencia salvaje que implica una caída del salario, sobre todo cuando fluye a este mercado una mano de obra proveniente de países vecinos que está dispuesta a trabajar por debajo del salario vigente en los espacios productivos más dinámicos (áreas florícolas, bananeras, etc.).

Otra característica de esta mano de obra asalariada es que un gran porcentaje de ella vive en las ciudades cercanas a los lugares de producción. Estas ciudades dormitorio, que han crecido últimamente con el auge de la producción para la exportación, concentran a una población pobre que está vinculada en

Gráfico No. 4
Asalariados rurales por sexo



Fuente: INEC, III Censo agropecuario, 2001

forma precaria con el trabajo en unidades capitalistas del medio rural. La pobreza, si bien en este caso no es estrictamente rural, se genera en el espacio rural y se manifiesta en el urbano, lo que demuestra lo artificial de los análisis realizados sobre procesos más complejos que se incuban en las dinámicas relaciones entre el campo y la ciudad.

La pobreza y la inocuidad de las recetas

Los grupos sociales más vulnerables de la sociedad rural: campesinos pobres y asalariados rurales, no han sido objeto de ninguna política social ni productiva en el medio rural. Algunas recetas implementadas con poco éxito en el medio rural como los proyectos de Desarrollo Rural Integral (DRI) no han beneficiado para nada a estos grupos en la medida en que no constituían el grupo social objetivo de esta política desarrollista. Así por ejemplo, en las 12 áreas del Programa Nacional de Desarrollo Rural (PRONADER) hacia 1993, un 23 % de campesinos con menos de 1 hectárea y trabajadores sin tierra, al igual que un 20.4 % de asalariados rurales quedaban fuera de los impactos de la política DRI, los primeros porque tenían muy poca tierra y los segundo porque no existía ningún componente que incluyera a los asalariados rurales (Martínez y Barril 1995). En otras pa-

labras, la pobreza rural no era objeto de interés de los DRI a no ser que se haya pensado que iba a disminuir como resultado del supuesto éxito de estos proyectos. Los datos sobre el incremento de la pobreza en el área rural niegan enfáticamente esta posibilidad.

Al estar concentrados los proyectos DRI sobre todo en las actividades agropecuarias, de hecho favorecían las estrategias de los campesinos con recursos, seguramente un estrato de campesinos medios, pero en cambio quedaban marginados los campesinos con menos de 1 has. Todavía se pensaba que en el campo todo el mundo se dedicaba a la agricultura y no había alternativas de empleo fuera de esta actividad. Igualmente, las tendencias presentes en los proyectos DRI demostraban, al contrario, que en la medida en que el campesino era más pobre, su actividad se diversificaba al igual que los ingresos y que se trataba no sólo de una estrategia temporal sino estructural de la sociedad rural.

En la mitad de los años 90 realizamos un intento de tipología de los proyectos DRI y justamente las áreas más pobres eran al mismo tiempo mayoritariamente pobladas de indígenas minifundistas (Sierra Norte, TTP y Guano) a las cuales se podría sumar la de Jipijapa en la Costa. Estas áreas no tenían ninguna posibilidad de desarrollo agropecuario y se habían convertido en bolsones de mano de obra “bon marché” para el capital sea urbano o rural (Martínez y Barril 1995). En el 2000 encontramos el mismo problema, pues justamente estas mismas áreas mostraban que el ingreso per capita había disminuido y que mayoritariamente se dedicaban a actividades extra-agrarias como fuente principal de sus ingresos. A pesar de que en algunas áreas como la Sierra Norte la presencia de las empresas florícolas habían generado empleo para las comunidades vecinas, de todas formas la migración campo-ciudad continuaba: “el volumen total de los migrantes ha aumentado. Así, para 1993, la proporción de la po-

blación migrante sobre la población en edad de trabajo llegaba al 10.7%, mientras que en 2000 llegó al 16.4%, igualmente la población migrante representaba el 12.3% de la PEA, mientras que para el 2000 llega al 21.4%. Este incremento de 9 puntos porcentuales de la migración indica la poca capacidad de retención de la economía campesina sobre la población más joven que busca insertarse económicamente fuera del espacio rural” (Martínez 2000:5). Y no nos estamos refiriendo al problema de la migración internacional que cogió vuelo a partir del año 2000, afectando también a importantes sectores de la sociedad rural.

El caso de los asalariados rurales merece una discusión especial. Lo más probable es que su número se haya incrementado considerablemente, tanto por efecto de la desestructuración de la economía campesina en donde las jóvenes generaciones buscan trabajo fuera de la unidad familiar y por lo mismo estaríamos en presencia de un nuevo proletariado, así como por el crecimiento de las familias sin tierra (dato no captado por el último censo agropecuario). Un ejemplo del primer caso es la formación de un proletariado étnico (indígena) en las plantaciones de flores de la Sierra ecuatoriana (Pichincha, Imbabura, Cotopaxi y Azuay, principalmente), fenómeno que muestra la creación de islotes de modernidad capitalista que tienen la ventaja de disponer de una oferta de mano de obra de las comunidades indígenas cercanas. Las transformaciones sociales, culturales que afectan a las familias de estos nuevos proletarios han sido recientemente estudiadas (Korovkin 2005), aunque no se ha investigado en profundidad los cambios demográficos y familiares⁶. Sobre el caso de las familias sin tierra, es decir, que ya hace dos o tres generaciones que no disponen de recursos, lo que se

6 Ver el artículo de Tanya Korovkin y Olga Sanmiguel en este mismo número de *Íconos*.

observa es un progresivo desplazamiento hacia las ciudades o pueblos cercanos a las plantaciones. Este es el caso de los asalariados rurales de la Costa vinculados a las plantaciones de banano, palma africana, palmito y otros productos de exportación. Nuestra investigación focalizada en la zona de La Maná (Martínez 2004), muestra la formación de un proletariado joven en una situación de precarismo estructural y sin mayores posibilidades de organizarse para poder paliar los sistemas de explotación e inseguridad en el trabajo predominantes en la zona.

Lo más inaudito de todo esto es que en el país no existen políticas específicas para los asalariados rurales, quienes para sobrevivir han desarrollado estrategias adaptativas a las formas de explotación que predominan en cada región. Así por ejemplo, una de las estrategias es implementar relaciones clientelares con pequeños o medianos productores para de este modo obtener mejoras coyunturales o favores personales. En el caso de grandes plantaciones, donde la relación capital-trabajo se ha vuelto difusa, lo importante es establecer buenas relaciones con el intermediario, lo que significa también someterse a patrones clientelares que muchas veces oscurecen los sistemas reales de explotación de la mano de obra. La ausencia del Estado en la regulación del mercado de trabajo genera estas formas flexibles de relación entre el trabajo y el capital, lo que permite la explotación incluso de la mano de obra infantil. En nuestro país, sólo la intervención de una ONG norteamericana pudo frenar y regular en parte el trabajo de los niños en las plantaciones bananeras, demostrando con ello el poco interés del gobierno, pero también de los sindicatos y de los empresarios en regular este tipo de trabajo⁷. La desregulación casi total

del mercado de trabajo rural es un factor estructural que incide en la pobreza rural de los asalariados.

El mercado de trabajo en el medio rural podría analizarse también como un campo social (Bourdieu 1997), en el que los empresarios agrícolas ocupan las posiciones más ventajosas, debido a su capital económico, los intermediarios o contratistas de mano de obra ocuparían una situación intermedia debido a su capital social (vínculos con los empresarios y trabajadores) y en la base estarían los asalariados rurales y campesinos pobres (sin capital económico, con muy bajo capital social y cultural). Un asalariado rural tiene pocas opciones para moverse en esta espesa estructura social, está condenado a sobrevivir ocupando las posiciones más inferiores dentro de este campo, donde las relaciones sociales están marcadas por el precarismo, la flexibilidad y la exclusión social. Únicamente se experimentarían cambios de posición como resultado de mayores procesos de concentración económica (tierra, capital y tecnología), la influencia y el peso de las decisiones empresariales por imponer sus estrategias sobre todo a través del capital tecnológico (Bourdieu 1995:58) y la degradación social de pequeños y medianos empresarios. Si dispusiéramos de información para el caso del mercado del banano, esta sería más o menos la situación.

Reflexiones sobre la pobreza rural a partir de lo local

Partimos del supuesto de que es más fácil atacar la pobreza rural a partir del nivel local o regional que desde las políticas públicas. Los pobres conforman un importante capital humano que no está aprovechado sino muy marginalmente a nivel local y regional. Si bien se puede manejar una idea errónea de que los pobres son una masa de mano de obra

7 Solo la intervención de Human Rights Watch llevó a la discusión el tema del trabajo infantil en las plantaciones de banano (Martínez 2004).

descalificada y sin opciones en el mercado de trabajo, esto no es tan ajustado a la realidad. Para empezar, los pobres provenientes de la desarticulación de la economía campesina (productores menores de 1 hectárea) son en realidad trabajadores pluriactivos y por lo tanto hace tiempo que han desarrollado destrezas en otras actividades (construcción, comercio, servicios, etc.) además del trabajo agropecuario. Esta es una ventaja que podría ser aprovechada a nivel local y extralocal. De hecho, la estrategia predominante ha sido deslocalizarse para poder subsistir, pero una relocalización significaría disponer de un valioso capital humano *in situ*. La condición es que existan fuentes de trabajo locales. El ejemplo de las plantaciones de flores muestra que allí donde se generan fuentes de trabajo, aunque en este caso la iniciativa provenga de un capital extra local, estos campesinos pobres eligen esta inserción aunque ello signifique un proceso de proletarización. En este caso, el trabajo asalariado es valorizado y visto como una fuente principal de los ingresos locales. La economía local evidentemente se reactiva aunque a costa del consumo de estos proletarios y se concentra perversamente en la ciudad más cercana y no en las comunidades que normalmente se transforman en dormitorios de estos trabajadores. No es que toda la riqueza generada por las plantaciones de flores se reinvierta a nivel local y regional, pero al menos el consumo de los trabajadores se queda en el espacio más avanzado de lo local. En este caso, al menos la pobreza de las comunidades colindantes de las plantaciones ha sido solucionada en parte, a pesar de que surgen nuevos problemas, como por ejemplo, la competencia con la mano de obra aún más barata, proveniente de la Costa o de Colombia y la desestructuración de las familias tradicionales campesinas (Korovin 2004).

Para la masa de asalariados rurales, la situación es más crítica, porque deben movili-

zarse geográficamente hacia los lugares de oferta de trabajo. Normalmente estos trabajadores se asientan en ciudades dormitorio ubicadas estratégicamente en el *hinterland* de las plantaciones. Pero en tanto no se trata completamente de una mano de obra local, la masa salarial no se gasta completamente en los lugares de residencia que pueden ser transitorios y móviles. Esto solamente se cumplirá cuando una gran proporción de asalariados ha echado raíces con sus familias en esas ciudades. La transitoriedad es un elemento completamente negativo para la conformación de un mínimo de capital social que permita disminuir los duros sistemas de explotación de la mano de obra. La permanencia, en cambio, permitirá adquirir compromisos con el entorno local. Y dada la debilidad del estado en los sistemas de protección social y regulación del mercado de trabajo, el compromiso y solidaridad local es hoy por hoy el único camino para salir de la pobreza.

Finalmente, la pregunta central es si este problema de pobreza en estas dos dimensiones estudiadas tiene posibilidad de ser -en primer lugar- abordado y -luego- asumido por los gobiernos locales. Sería importante conocer si los nuevos proyectos PROLOCAL (Proyecto de Reducción de la Pobreza y Desarrollo Rural Local) al menos se han preguntado por estas opciones o si los gobiernos indígenas en donde se concentra la mayor parte de la población pobre consideran esta problemática en su agenda.

La carencia de activos productivos conduce normalmente a la pobreza, pero se ha especulado bastante sobre la potencialidad de otros activos, como los denominados por Boisier como "activos intangibles" (2002), entre los que se encontraría el capital social y las posibilidades de organizarse colectivamente para defenderse de las amenazas locales y extralocales. Para los pobres rurales analizados en este trabajo, sólo una estrategia territorial que posibilite pensar en un desarrollo endó-

geno sería un escudo eficiente, dada la carencia de activos productivos e incluso de los intangibles como el capital social. Reardon (2002), por ejemplo, señala el efecto desestabilizador de la globalización sobre empresas asociativas de pequeños productores de calzado en el Brasil. Igualmente en el país, esto ha sucedido con los productores de jeans de Pelileo, enfrentados a la producción china como efecto de la globalización. Pero los pobres ecuatorianos ni siquiera entran en este juego. Están fuera de él. Y seguramente se verán tarde que temprano envueltos en los flujos mundiales de mano de obra que dependen de las nuevas decisiones tecnológicas de las empresas transnacionales. La migración internacional en los espacios rurales de la Sierra sur del Ecuador debería ser analizada en la perspectiva de la inviabilidad de realizar inversiones productivas por parte de familias pobres que utilizan los pocos activos para salir fuera del país, descapitalizando coyunturalmente la parcela y la misma localidad.

Una estrecha colaboración entre estado, gobiernos locales y sociedad civil organizada se impone para que la pobreza rural no se limite a la pobretología y pueda ser asumida creadora y audazmente en los espacios en donde se encuentran los productores menores de 1 hectárea y los asalariados rurales. Pero, si no hay una decisión política de construcción de una sociedad menos desigual que implique una transformación rápida y profunda de las estructuras agrarias, la pobreza rural seguirá creciendo a pesar del esfuerzo del proyecto institucional y privado, de la ayuda al “codesarrollo”, de las propuestas centradas en el mercado y de los apoyos focalizados (tipo bonos de pobreza).

Bibliografía

- Bernard, Alain, 1982, “Diagnóstico socioeconómico del sector rural ecuatoriano”, MAG-IRD, documento, Quito.
- Boisier, Sergio, 2004, “Desarrollo territorial y descentralización. El desarrollo en el lugar y en las manos de la gente”, en *Eure*, Vol. 30, No. 90, Santiago.
- Bourdieu, Pierre, 2002, *Le bal des célibataires. Crise de la société paysanne en Béarn*, Editions de Seuil, Paris.
- Bourdieu, Pierre, 1997, “Le champ économique”, en *Actes de Recherche en Sciences Sociales*, N° 119, SEUIL, Paris, pp. 48-66.
- CEPAL- RIMISP- FAO, 2003, “La pobreza rural en América Latina: lecciones para una reorientación de las políticas”, Seminarios y conferencias No. 27, Santiago.
- CEPAL, 2005, Resultado del estudio “Los impactos diferenciados del tratado de libre comercio Ecuador-Estados Unidos de Norte América sobre agricultura del Ecuador”, unidad de desarrollo rural de la CEPAL- INEC, con el auspicio de FAO, UNDP y UNICEF.
- Jokisch, Brad y David Kyle, 2005, “Las transformaciones de la migración transnacional del Ecuador, 1993-2003”, en Gioconda Herrera, María Cristina Carrillo y Alicia Torres, editoras, *La migración ecuatoriana. Transnacionalismo, redes e identidades*, FLACSO-Plan Migración Comunicación y Desarrollo, Quito.
- Korovkin, Tanya, 2004, “Globalización y pobreza: los efectos sociales del desarrollo de la floricultura de exportación”, en Tanya Korovkin, compiladora, *Efectos sociales de la globalización. Petróleo, banano y flores en Ecuador*, CEDIME, Abya Yala, Quito.
- Martínez, Luciano, 2004, “Trabajo flexible en nuevas zonas bananeras de Ecuador”, en Tanya Korovkin, compiladora, *Efectos sociales de la globalización. Petróleo, banano y flores en Ecuador*, CEDIME, Abya Yala, Quito.
- Martínez, Luciano, 2000, “El programa nacional de desarrollo rural (PRONADER): las lecciones aprendidas”, Flacso, mimeo.
- Martínez, Luciano y Alex Barril, 1995, *Desafíos del desarrollo rural frente a la modernización económica*, s.e., Quito.
- Striffler, Steve, 2002, *In the shadows of the State and Capital. The United Fruit Company. Popular Struggle and Agrarian Restructuring in Ecuador, 1900-1995*, Duke University Press, Duke.
- Oyen, Else, 2002, “Social capital formation: A poverty reducing strategy?” en *Social Capital and Poverty Reduction*, UNESCO, Francia.
- Pages, Alexandre, 2005, *La pauvreté en milieu rural*, Press Universitaires de Mirail, Toulouse.
- Reardon, Thomas, 2003, “Desafío de la lucha contra la pobreza rural en la economía globalizada de América Latina: instituciones, mercados y proyectos”, en CEPAL- RIMISP- FAO, *La pobreza rural en América Latina: lecciones para una reorientación de las políticas*, Serie 27, Seminarios y conferencias, Santiago.